LA HUELLA DE UN BESO

por Juan Tébar

autor de «DULCE, QUERIDISIMA MAMA» y «LA PLAYA A LA LUZ DE LA LUNA»

Pre: Después de una larga noche de sorpresas, de juegos decisivos, supo que tenía que someterse a la prueba fundamental: el experimento destinado a asegurar para siempre su nueva personalidad.

Nunca creí en estas cosas. Por eso me ha costado un gran esfuerzo convencerme de que ahora soy un vampiro. Pero me ha vencido la evidencia. Sin lugar a dudas. El problema consiste, a partir de este momento, en acostumbrarse a ello, en pensar, clara, sencilla y racionalmente. Con lucidez. Barajar las posibilidades y las exigencias. Los inconvenientes, las nuevas obligaciones. Y las posibles ventajas. Ordenarlo todo como sobre un tapete. Y reflexionar sin ofuscarse.

Había bromeado siempre con las cosas de terror. Me gustaba hablar de ello y mostrarme un poco por encima de los demás a ese respecto. No porque no fuera capaz de asustarme. No era eso. Pero hacía gala de una personal atracción por lo terrible. Y mucho más por lo morboso. Todo ello no dejaba de ser una válvula hacia un mundo distinto al de todos los días. Romanticismo en última instancia. Algo así era, con su toque decadente, por supuesto. Pero se trataba de una dedicación fundamentalmente intelectual (el terror en la literatura, en el cine. Todas esas cosas). Y también un juego: Ver cómo otra persona se iba poniendo nerviosa a medida que yo hablaba y hablaba familiarmente de temas esotéricos o simplemente misteriosos, me producía una personalísima satisfacción Incluso me divertía asustar a los perros. Conseguí que uno grandote fuera sensible a mis tonos de voz para el miedo. Pero CREER, lo que se dice creer realmente en esas cosas fantásticas y terribles, en vampiros, hombres-lobo, por ejemplo CREER, ¿cómo iba a creer de verdad en ello?

Aquí estaba, sin embargo. No había la mínima posibilidad de error. YO, vampiro.

Veamos. Es necesario, ante todo, analizar la situación con justa frialdad:

Primero está la sensación física. Me encuentro bien. Es más, he perdido mis frecuentes molestias de estómago. Me pesa mucho menos esta gordura de los últimos meses. Incluso no necesito gafas. Resulta raro no tener nunca hambre, pero quizá pueda considerarlo una ventaja. (Existe lo de la sangre, claro Pero debo dejar eso para más adelante. Luego pensaré en ello). No tengo sueño. Pero no me cuesta ningún esfuerzo dormir totalmente cuando me abandono al letargo Es lógico que si duermo todo el día no tenga sueño por la noche, aunque no me refiero a eso. Quiero decir que las funciones y necesi9dades de vela y sueño se atienen a su estricto horario y no se confunden nunca. También puedo considerarlo una ventaja desde el aspecto puramente físico.

(Empecé a notarlo en el mismo instante en que ella me mordió. Fue un escalofrío; un dolor lacerante, salvaje, y al propio tiempo, una sensación de placer que lo llenaba todo y

era de una sublime fugacidad, sólo semejante al orgasmo, pero mucho más indefinible, más rara. Más fuerte y aún más escurridiza).

Soy incapaz de reconstruir mentalmente ese instante. Me gustaría sentirlo otra vez. Y ser yo el elemento activo. Me gustaría volver a ello, provocarlo. Quiero hacerlo (pero es mejor que domine las emociones Luego pensaré en ello). Seguimos: Me encuentro en espléndido estado físico. Aunque bien es cierto que un tanto desorientado (ella se marchó sin decir nada y no he vuelto a verla). Estoy abandonado en el recuerdo de una orgía.

(Me mordió y luego quedé sobre el diván, amodorrado. Nos habíamos marchado juntos de aquella fiesta. Resultó muy ruidosa hasta que todos estuvimos tan borrachos que empezamos a ignorarnos soñolientamente. Recuerdo mal los últimos momentos. El whisky y el coñac no son buena mezcla. Salió conmigo a la calle. Ni siquiera habíamos estado juntos en la fiesta. Vino conmigo y me gustaba. Tenía la risa fácil, se movía con una especial indolencia, y era el animal más erótico que creo haber conocido en toda mi vida.

En el taxi intenté besarla. No estoy seguro si lo conseguí. Ella jugaba a provocarme ya esquivarme. Su propósito era que me excitara, le salió bien, francamente bien. Me puso frenético.

Llegamos a mi casa tengo un apartamento más bien cómodo. La mujer que lo arregla viene y se va sin molestar, y gozo de total independencia. La deseaba con locura. Yo estaba muy borracho y creo recordar que ella no. Nos sentamos en el diván rojo. Me parece que el libro que se cayó estaba en la mesilla de la derecha. Conseguí besarlas por fin. La estreché muy fuerte y le desnudé los senos blanquísimos. Los acaricié febril. Me parece recordar que llevaba una blusa negra descotada de todos modos, después encontré junto al diván un chaquetón rojo. Es notable mi extrema sensibilidad para los colores, ahora al evocar. Y sobre todo el ROJO.

Era evidente yo entonces quizá no me daba perfecta cuenta que ella llevaba la iniciativa. Se separó de mí hacia atrás y se puso entra, como la fiera dispuesta a atacar. Era una maravillosa pantera. Terriblemente atractiva.

Entreabrió los labios y aparecieron aquellos dos colmillos. Fue una visión de relámpago. Inmediatamente ya sólo estaban los labios, gruesos, escarlatas, abrumadores. Y se acercó para besarme. Creo recordar que me entregué con absoluta satisfacción Nunca había tenido en mi casa una mujer como aquella.

Me mordió en la garganta. Con avidez.

Ella se marchó sin una explicación y no he vuelto a verla. Estoy lógicamente desorientado. Han pasado cuarenta y ocho horas y sólo sé que soy un vampiro, que su beso fue total y la obra no quedó a medias. Soy un vampiro y no estoy muy seguro de qué debo hacer ahora.)

Pero reflexionemos. Si soy un vampiro habrá que serlo con todas sus consecuencias. Sé, más o menos, en qué consiste ser un vampiro. No en balde he charlado del tema muchas veces, he escrito cosas sobre ello, y he leído lo suficiente como para conocer bien el mito. Ahora tengo que ordenarlo todo:

¿El mito? Las tres obras fundamentales CARMILLA, de Le Fanu; DRACULA, de Bram Stoker, y SOY LEYENDA, de Matheson se contradicen bastante respecto a una mitología unitaria. Resulta difícil escoger entre la leyenda con ribetes científicos de Stoker, la teoría desmitificadora y materialista de Matheson, o las fantásticas vaguedades erótico-lesbianas de Le Fanu. Quedan siempre unos tópicos, una serie de cosas que hay que admitir o rechazar. Casi todo está en DRACULA. Tradicionalmente me inclinaba por su versión, quién sabe si por afanes románticos y de nieblas, panteones y bosques fastuosos Una versión racionalmente increíble, pero no menos rigurosa que la de Matheson. Las teorías matemáticas, biológicas, casi farmacéuticas, de Matheson, me atraían menos Y respecto a lo supuestamente increíble, aquí, en mí mismo, estaban los colmillos, el beso y la succión. Eso tenía que admitirlo.

No era posible dudar. La noche del contagio, incluso ella podría ser delirio de borracho. Pero las marcas estaban en mi cuello, y había pasado dos días sumido en el más

profundo letargo. Una vez pudiera ser casual, incluso producto del alcohol, pero eran ya dos soles de los que me había escondido. Y las dos noches había despertado con la misma potencia interior, con el mismo furioso deseo, con idéntica sensación de venir de otro mundo: Un mundo extraño, de dolor, de angustia, de soledad. Un mundo de muertos, no debía eludir la palabra. Pero ¿hasta qué punto no debo pensar ahora que ese mundo no era el de todos, el mío pues, antes de la liberación?

Hay más cosas. Más datos irreversibles, por más que parezcan pueriles o demasiado fantásticos. Los hay. Y lúcidamente debo consignarlos sin olvidar uno sólo:

Mi imagen no se refleja en el espejo del armario. Ni en el del lavabo, ni en el del hall (por supuesto, he probado a mirarme en los cristales de la ventana y en toda superficie de metal bruñido, con idéntico resultado).

Sé que tengo dos largos colmillos, caninos o quizá felinos, que encajan perfectamente sobre la encía contraria. No he podido verlos, pero los noto bajo los labios y los he tocado innumerables veces.

Estoy frío, profundamente frío. El mero contacto de mi piel me recuerda horriblemente al del cadáver de mi padre cuando lo besé antes de que lo metieran en el ataúd.

Huelo mal. Noto yo mismo el olor de mi aliento, y es absolutamente repugnante, aunque supongo que terminaré por acostumbrarme, como a la temperatura de mi cuerpo y a todo lo demás.

No todo es desagradable y aún no puedo asegurar que lo sea lo consignado más arriba. Está lo de mi insólito vigor (lo he puesto a prueba), todavía no sé qué relación guarda con lo demás, pero es producto indudable de mi nuevo estado. Y una convicción de mi potencia erótica absolutamente satisfactoria. Aún no canalizada, por supuesto, pero del todo terapéutica para la melancolía, el desmayo o cosas parecidas, tan frecuentes hasta ahora en mí.

He hecho experimentos. Me ocupé en ellos hasta las últimas horas de la primera noche. Y han sido ellos los que han acabado de convencerme totalmente:

Cuando me desperté la primera noche, estaba tranquilo. No había el menor rastro de mi pasada borrachera, lógico después de veinticuatro horas... Notaba un hervor interno como el que sucede a una buena comida.

Tardé algo en recordar. Primero fue el chaquetón de mujer en el suelo. Luego, el desorden de mis ropas. Especialmente mi camisa rota, como si yo hubiera sido una doncellita violada. Me senté en el diván y llevé una mano a la garganta, en un gesto completamente instintivo, como la virgen tras el ultraje se buscaría el centro de los muslos. Retiré los dedos llenos de sangre. Y advertí perfectamente al tacto las dos ranuras por donde ella había bebido.

SANGRE EN MI CAMISA.

SANGRE EN EL DIVAN.

SANGRE EN EL SUELO.

SANGRE EN MI CUELLO... Sangre, eso es lo último en lo que debo pensar, porque es lo más importante...

Supe que había sido un festín y empecé a imaginarme la verdad. En el espejo no pude verme. Fui hacia la ventana y entonces me di cuenta de que era de noche. Y por mi reloj calendario comprobé que no se trataba de la misma noche.

Hice entonces, sin pensarlo más, el primer experimento. Alguien habrá que se hubiese reído al considerar ese experimento como una superstición. Pero yo no era un vampiro mahometano y por eso abrí la mesilla de noche para buscar el viejo crucifijo que me regaló un pariente fraile cuando aún podía pensarse que yo era un joven ganable para Dios... Y el primer experimento, la primera superstición, dio resultado:

PRUEBA DEL CRUCIFIJO: Válida.

No puedo mirarlo, y cuando intenté cogerlo con los ojos cerrados, me abrasé la mano. He debido cerrar con llave la mesilla porque todavía conservo sentimentalismo suficiente como para no librarme del piadoso regalo y aún tengo las cicatrices. Recordarlo me produce espanto.

No he podido hacer la típica PRUEBA DEL AJO o de las flores de olor característico porque no contaba con ninguna de esas cosas, aunque busqué el ajo en la nevera y por toda la cocina. Sin embargo, he hecho un esfuerzo mental. Procuré imaginarme dentro de lo posible el olor al ajo. Me costó un trabajo gigantesco. Imaginar un olor entra dentro de lo casi imposible. Pero dio un resultado muy significativo: En cuanto parecía que lo iba a lograr, algo en mi interior lo rechazaba. Por más de tres veces un ahogo insoportable me impidió continuar el esfuerzo de mi imaginación.

LA TERCERA PRUEBA casi me cuesta la vida:

Di vueltas, muchas vueltas nerviosas por la casa. El ansia de algo nunca sentido, un deseo incontrolable, bárbaro, me asustaba y me llenaba de un gozo desconocido. El gozo de saberme mucho más fuerte y quizá peligroso. Aunque he de confesar que he descubierto que todo esto no es realmente así. Estoy convencido de que ahora soy mucho más vulnerable. Lo explicaré más detalladamente al final. En cuanto al deseo... también mejor dejarlo para el final...

Intenté dormir y no pude. Había fuego dentro de mí. Fuego dentro de este cuerpo helado y nuevo que sucedía al mío de siempre, a mi cuerpo aburrido y con acidez de estómago, mi estúpido cuerpo blando y siempre torpe.

Este nuevo cuerpo de vampiro pedía cosas nuevas. Y era capaz de cosas nuevas.

Por supuesto no me atrevía a salir en mi primera noche. Aún sentía muy fuerte el pavor de mi descubrimiento, y aún me temía.

Pronto iba a amanecer. Eran ya las seis menos cuarto de la madrugada. Toda una noche de sorpresas, de juegos decisivos, y el último de los juegos estaba al llegar. La última prueba destinada a asegurar mi nueva personalidad. El experimento quizá fundamental. El más peligroso.

No sabía con exactitud cuando amanecía en esta época del año. Nunca he sido madrugador sino por alguna irremediable obligación, pero sí calculaba que no podía ser muy lejos de las seis.

Acerqué una silla a la ventana. Estaba subida la persiana y abiertas las hojas. Me senté a esperar la luz.

Me quedaban dudas, las dudas sembradas por aquellas versiones que perdonaban al vampiro la incompatibilidad con la luz, o que la olvidaban. Pero yo seguía guiándome según el patrón más clásico.

Tenía miedo, claro. Había visto en el cine cómo el vampiro se retorcía ante el mero contacto con la luz del sol. Recordaba contorsiones espeluznantes del conde Drácula y de sus criaturas vampirizadas. Recordaba cómo un grande y terrible vampiro el propio Drácula quizás, o algunos de sus sosias se convertía en polvo de cadáver, quedando sólo de muestra el cabello raído y triste, como la peluca de un muñeco... Aunque en polvo solamente podían convertirse vampiros cómo Drácula, de más de trescientos años. No era mi caso. Desfilaron por mi memoria todos los vampiros derrotados por el día, coetáneos o más jóvenes que el rey de todos ellos. Drácula Vlad de Valaquia... Los que huían para esconderse en su guarida antes del amanecer; los que corrían desesperados por campos de Transilvania, en una siniestra carroza de caballas, o quizá convertidos en murciélagos, luchando contra el reloj, uno de los más implacables enemigos del vampiro. Huyendo del canto del gallo.

Ya eran más de las seis. Me estremecí.

En otros tiempos siempre había considerado hermoso el amanecer. Y si algo lamentaba de mi condición no madrugadora era no poder contar en mi experiencia con más de dos o tres, o quizá cuatro salidas del sol...

No sé si realmente salió del todo o sólo asomó un poco sobre el horizonte. Las nubes se tiñeron de rosa y OCURRIO: Fue como un latigazo en los ojos, y no conseguí aumentar mi haber de amaneceres. Ya sé que NUNCA podré ver uno más en lo que me reste de vida. Incluso aunque ese resto lo constituyan siglos, según los patrones vampirológicos tradicionales.

A duras penas, casi ciego y temblando de horror, cerré los cristales, bajé la persiana.

Debía penetrar aún un diminuto rayo de sol, porque noté en el pecho un ahogo que me quitaba la vida. Sin ver todavía, gateando por el suelo, llegué hasta el diván y me tumbé boca abajo, cubriéndome los ojos con un brazo. A poco fue volviéndome la existencia, y tras un hondísimo suspiro entré en mi confortable letargo de nosferatu...

He llegado al final inevitable de mi exposición, recuerdos y consiguientes raciocinios: SOY UN VAMPIRO, UN CLASICO, TRADICIONAL, LEGENDARIO E INCLUSO TOPICO VAMPIRO, DE LA MAS DIVULGADA Y APARENTEMENTE INCREIBLE VAMPIROLOGIA.

Y en esta segunda noche del tercer día de mi nueva vida se impone inexcusablemente decidirse por un plan de acción.

Tendré que abandonar mis ocupaciones de siempre, por supuesto. No deja de ser un alivio.

Ya es hora de hablar de LA SANGRE. No solamente sé por mis conocimientos sobre el tema que la sangre humana es ahora mi único alimento, SINO QUE LA NECESITO. Es un deseo superior a todo, un deseo lujurioso y primario. Una intranquilidad que me remueve las entrañas y una necesidad salvaje de este nuevo cuerpo mío, potente y erótico como nunca. Y es la sangre de una mujer la que me exijo. Volver a repetir aquel instante en que ella me besó en la garganta, marcándome para siempre con su apetito. Revivirlo desde el aspecto de ella. Ser yo quien lleve la iniciativa. Besar yo y morder yo y beber yo.

(Cuando cerré la mesilla de noche para quitar de mi vista el crucifijo, me rasgué un dedo con un clavo de la cerradura. La vista de la sangre fue entonces más eficaz que la otra vez, cuando había descubierto las manchas en la camisa, en el cuello y en el suelo, porque en esta ocasión se trataba de SANGRE FRESCA, y fui mucho más consciente de mi reacción. Sólo puedo compararla a lo que hubiera sentido antes, al ver, de pronto, a una mujer desnuda. A una preciosa mujer desnuda, de dieciocho años...)

Sé también ahora, mejor que nunca, y puedo decirlo ya, en qué consiste realmente la soledad. Un vampiro es la criatura más solitaria que pueda imaginarse. Y preveo con toda nitidez un futuro siniestro, oscuro, una vida en la que jamás volveré a ver la luz del sol (ay de mí si la viera...), en la que tendré que contener las arcadas de mi propio hedor a cadáver, y sufriré el escalofrío de mis difíciles deseos y mis temblores... Esclavo del reloj y escondido de los hombres. Sólo por la noche podré buscar compañía. La compañía de una comunión sangrienta que deseo como un loco, pero que todavía —para mis residuos de conciencia anterior— me parece una vergonzante, triste y bestial forma de amor. Aunque este puritanismo habrá que empezar a reconsiderarlo seriamente.

No puedo asegurar aún si realmente estoy vivo o he vuelto bajo esta forma desde el brumoso mundo de los muertos. Eso no he podido demostrarlo, pero el sello de la muerte está en mí. De la muerte según ellos la entienden. A veces, entre mi asco, mis dudas y mi horror, pienso que no es tan terrible.

Dudo, sí. No estoy decidido a nada todavía. Y DEBO ESCOGER.

Escoger entre dos experimentos que aún no he realizado. Los que hasta ahora no pude ni quise realizar. Los que sí van a decidir de una vez para siempre mi futuro.

El POSITIVO de los dos caminos consiste en LA SANGRE. Realmente es el único modo que tengo de sobrevivir. Para seguir ese camino debo escoger pronto pareja, o víctima, o cómplice. Noto, entusiasmado, que a este respecto, he perdido la mayor parte de mi acostumbrada timidez. No tendré problemas...

El NEGATIVO de los dos caminos consiste en UNA ESTACA CLAVADA EN MI CORAZON. Sería fácil hacerme con una, y podría encajarla entre la puerta y la pared. Entonces sólo necesitaría lanzarme contra ella con toda mi fuerza. Realmente —si tampoco miente en esto la tradición— es el más eficaz modo que tengo de morir.

En esta segunda noche ya no hay más pruebas que hacer sino las definitivas.

Quizá sí queden preguntas que formularme. Me las formularé. Después...

Se impone inexcusablemente decidirse por uno de los dos caminos. O la caza... O, avergonzada la educación que me dieron mis padres, un piadoso suicidio... ¿Qué creen que debo hacer? Ya lo sé, disculpen, debo decidir yo solo. La responsabilidad es absolutamente mía. O quizá de aquella esfumada, maravillosa, mujer, que se fue

dejándome en situación bastante más comprometida que la que suele provocar el macho típico al abandonar a una mujer embarazada.